

DIAPASÓN (y Otros Asesinatos)

Siuxxa (Aitana Merino)

Image not found.

Capítulo 1

(Hace como cosa de dos años, escribí este relato policíaco para un certamen literario, el "Gabino Teira". Con él, gané el primer premio de mi categoría, y es hasta la fecha uno de los relatos cortos de los que me siento más orgullosa. El límite eran seis mil palabras, de ahí que sea relativamente breve.

No sé si es del todo legal subirlo aquí, pero yo no se lo voy a decir a nadie...)

La madera podrida cruje bajo tus pies, a cada pisada que das. El pasillo es estrecho, tenebroso, causándote una ligera sensación de claustrofobia. Qué manía tiene la gente con morirse en los lugares más asquerosos de la ciudad...

Caminas hasta encontrar un rayo de luz sobre el rellano, procedente de la ventana que hay al lado de las escaleras. Subes con precaución, intentando que los escalones no se partan a la mitad y te traguen como arenas movedizas. Escuchas en la lejanía el chasquido de los flashes de las cámaras, y el murmullo de tus compañeros analizando cada recoveco en busca de pistas. Aunque lo más seguro es que estén discutiendo sobre el partido de la noche anterior.

Por un momento, odias tu trabajo.

Continúas hasta llegar al piso superior, donde hay únicamente una puerta abierta, de la que proviene el claro resplandor de la mañana. En el pasillo, varios forenses se encargan de, con pinceles y polvos, sacar (o al menos intentarlo), huellas dactilares. Según tu punto de vista, para lo único que sirven es para empolverar los pomos de las puertas y buscar pelos hasta debajo de las alfombras. Es la televisión la que les ha dado esa innecesaria fama de gladiadores del siglo XXI.

Por un momento, tu trabajo te resulta exasperante.

Te bajas el cuello de la gabardina al mismo tiempo que el ala del sombrero, para después meter las manos en los bolsillos y caminar con paso solemne a través del corredor.

Entras en la habitación, y cuando lo haces, la mitad de las palabras que antes reían en voz baja se acallan. Los tienes agarrados de los huevos desde hace una temporada, y se nota. Saben que odias que se rían en la escena de un crimen. En el fondo, percibes que te aborrecen, que si tuviesen la menor oportunidad, si un día les tocas mucho las narices y te encuentran después paseando por un callejón solitario, te matarán. Con su pistola o con una piedra, pero te matarán. Lo cual hace de la situación la mar de interesante.

Tienes que resolver un caso que no existe aún.

Pero tienes tus motivos, nadie llega a tu puesto sin mantener a raya a esos mindundis que se creen Robocop. Aquí no hay espacio para héroes. Porque los héroes no existen. Todos somos capaces de salvar una vida. Unos lo hacen y otros no, esa debería ser la única diferencia.

Y una vez más piensas que, para tener cuarenta y pico, aparentas tener setenta. Sobre todo porque eres un escéptico, un misántropo y un antipático.

Pero nadie llega a tu puesto siendo todo un cachondo.

O al menos no debería.

Así que entras en la escena del crimen, frío como un témpano. Los agentes que han llegado antes se encuentran rodeando el cuerpo, murmurando sutilmente. Una tabla cruje bajo la planta de tu pie, y todos te dirigen una alarmada mirada, como si hubiesen visto un fantasma. Después se miran entre ellos, sorteando mentalmente quién será el valiente que se acerque a hablar contigo. Y como no, es el pobre Johnson quien lo hace, tragando saliva audiblemente:

- Buenos días, in... -trata de saludarte.

- Dímelo cuando sean buenos -cortas firmemente-. Ahora abrevia, ¿qué tenemos esta vez?

Y como si fuese lo más normal del mundo, sacas un cigarrillo de la tabaquera que guardas en tu bolsillo y lo enciendes:

- Disculpe, pero no se pue...

- Dime qué ha sucedido. Ahora -deletreas soltando una indiferente calada.

Johnson aprieta los labios, contrariado, y se vuelve para pedir una silenciosa señal de ayuda a sus compañeros. Pero estos pasan de él como de la mierda. Después vuelve lentamente la cabeza, cogiendo bien de

aire:

- Hay un cuerpo... -comienza.

- Eso ya lo sé -va a ser una mañana larga-. ¿Qué tiene de especial?

- ¿De especial, señor?

- Si no tuviese algo distinto, no me molestaríais un domingo -respondes aspirando el humo, a punto de soltárselo a la cara. Pero una cosa es que seas un cabrón, y otra que no sepas nada sobre modales-. ¿Qué tiene este que no tengan los demás?

- Bueno, verás, señor... Es realmente extraño...

- ¡Pues suéltalo de una puñetera vez! -exclamas estrujando por los pelos el cigarrillo entre tus dedos.

Johnson se aparta, dejando un hueco en el círculo antes formado para que vayas a examinarlo por tu cuenta. Cuando te acercas, todos dan un paso hacia atrás. Cobardes....

Tus pies llegan justo al lado de la cabeza del pobre infeliz que yace delante de ti. Está bocabajo, con los brazos extendidos en una pose natural del cuerpo. Y justo en el centro del omóplato izquierdo, hay algo metálico incrustado profundamente en su carne. No se parece a nada que recuerdes haber visto antes.

- ¿Qué cojones es eso? -preguntas mientras te colocas los guantes de látex.

- Eso es lo que queríamos preguntarle, señor. Verás, no estamos seguros, pero se nos asemeja como a un...

Mientras ignoras al muchacho, agarras el arma metálica, sacándola de la espalda del cadáver. Está bien incrustada, al principio no parece querer moverse, pero tras un profuso tirón, la desencajas violentamente, sosteniéndola automáticamente en el aire, justo delante de tus ojos. La luz que entra por la febril ventana impacta contra las afiladas puntas teñidas de rojo rubí, dos puntas de un brillante metal, unidas por un arco bellamente decorado, en forma de hueso de la suerte:

- ¿Pero qué...? -murmuras al darte cuenta de algo.

Golpeas el arma contra el suelo de madera, y comienza a vibrar con una aguda tonalidad.

- ¿Qué es esto? ¿Un diapasón? –preguntas con el ceño fruncido.

- Eso nos parecía a nosotros, señor.

- ¿Me estáis diciendo que alguien se ha cargado a la víctima con un puñetero diapasón? –inquieres de nuevo levantándote del suelo-. ¿Se trata de una broma?

Porque tiene pinta de serlo. Totalmente.

- No señor, veré...

- ¿Y por esta mierda me habéis hecho venir? ¿De verdad queréis que me encargue de este caso, de un estúpido crimen infantil? Porque sólo niños descerebrados harían algo así.

- No, veré, señor –se apresura a responder Johnson, buscando entre las bolsas de plástico precintadas.- Encontramos esto al lado de la víctima.

Te ha tendido una bolsa con un papel en el interior. Le entregas el diapasón a otro policía y te acercas la bolsa lo suficiente como para distinguir lo que pone en la nota. Es un pentagrama:

- Lo que me faltaba. Sol, Do, Re ¿Encima se puso a componer, el capullo?. Debes de estar de coña, hijo.

- No, señor. Pero no es ese precisamente el lado más alarmante...

Giras la bolsa con un resoplido. ¿Tan bajo ha caído tu reputación como para que encima ahora debas resolver casos similares a los que ocurren en las telenovelas y esas tonterías? Porque la historia, por el momento, se asemeja demasiado a la de un cómic. Sí, tal vez todo se una mísera broma de mal gusto:

- "El ser humano tiene una melodía dentro de sí jamás oída" –está escrito con sangre, pero con una perfecta caligrafía- "Es mi deber componer la sinfonía que se encuentra oculta en el interior de su abigarrado ser."

Lo relees tres veces, aún sin creerte lo que te está pasando.

- Y con esto quieres decir que...

- Señor, sea lo que sea, y a juzgar por la nota, creemos que podría tratarse de un asesino en serie. Podría atacar de nuevo. ¿No cree usted?

- No, no lo creo –afirmas recolocándote la gabardina, sujetando el cigarrillo entre los labios. Tras una parada dramática, lo miras de soslayo-

. Estoy seguro de ello.

Escuchas tres golpes secos llamando a la puerta de tu despacho. Tú te encuentras detrás del escritorio, de pie, ni siquiera te has quitado la gabardina cuando entraste por la puerta. Tienes en ambas manos tacos de folios desordenados que no deberían estar descolocados. Aquello parece una selva salvaje, y tú ya te estás desesperando. Sobretudo porque a medida que avanza el tiempo, el caso se va complicando más y más. En la última semana, ya han aparecido dos asesinatos más, y es evidente que va a haber un cuarto. Y así hasta que des con el maldito cabrón, porque según tienes entendido, las sinfonías duran bastante. Si no fuera por el disco de "Grandes éxitos del Blues" que suena en tu despacho, ya te habrías tirado por la ventana.

Con cada asesinato, el hijoputa deja un folio en blanco con un pentagrama, y tres notas que añade cada vez a la dichosa sinfonía. Pero esta vez, además, te ha explicado que debe golpear los huesos de cada víctima con un diapasón para distinguir esas tres malditas notas. Y en efecto, en los dos últimos casos, el arma homicida fue un diapasón, incrustado en alguna parte del tórax, pero la carne que rodeaba ciertas zonas de su cuerpo, cada vez distinta (una vez el tobillo, otra la muñeca) tenía el hueso al descubierto. Y tú te has pasado las noches en vela intentando encontrar alguna pista, o algún rastro, algún patrón que puedas establecer para averiguar cuál puede ser la próxima víctima y así atraparlo. Pero nada, ninguno de los mártires tenían relación alguna, ni contacto, ni afición, ni siquiera aspecto similar. Nada absolutamente, eran de mundos completamente distintos. Si así sigue, la cosa se complica. Porque entonces podría volver a atacar a cualquier persona inocente en cualquier momento, incluso delante de tus narices. Y tú te desquicias asombrosamente cuando no hay forma aparente de unir los hilos.

Volvemos a los tres golpes en la puerta, que se repiten, esta vez acaparando tu atención. Resoplas, y con el demonio dentro de tu cabeza, exclamas un temible "¡Adelante!" Una cabeza tímida y asustada se asoma lentamente por el resquicio de la puerta. Es uno de tus peones, y está temblando como un condenado.

- Señor... –murmura.

- ¿Qué? ¿Qué quieres? –exclamas golpeando la mesa, a punto de tirarte por la ventana- ¿No os he dicho que no me molestéis mientras estoy

pensando?

- Pero señor... Acaba de llegar, estaba esperando en la sala y no sabía si quería que...

- ¿Quién? ¿Quién ha llegado?

- Su-su ayudante, señor.

Frunces el entrecejo, entrecerrando los ojos. Eso es nuevo.

- Yo no he pedido ningún ayudante –recapacitas en voz alta.

Tú nunca has necesitado uno, eres mejor cazador en solitario.

- No sé, señor. Dice que viene por orden de la Junta, cuando el mes pasado acord...

- ¡De acuerdo! ¡Mándale pasar! –gritas arrojando anonadado los papeles sobre la mesa.

La cabeza flotante desaparece en cero coma, dejándote solo de nuevo. Al rato, alguien vuelve a aporrear tu puerta, y ya piensas seriamente en electrificarla o poner alambre de espino alrededor:

- ¿Qué? –vuelves a gritar. Tus modales se perdieron en algún lugar de los 70.

Unos segundos de suspense cinematográfico dan paso a un lento abrir de la puerta de madera, dejando ver la noble figura del que se supone que va a ser tu ayudante. A diferencia de los que ya te conocen, este viene de una pieza, con la cabeza alta y el talante firme, además de una ligera sonrisilla de satisfacción en sus labios. Es todo un crío, ¿cuántos tendrá, veinte? Te recuerda en parte a ti cuando entraste en el mundo policíaco por primera vez, ansioso y lleno de buenas intenciones. A saber dónde andarán ahora esas condenadas...

Viste de traje y chaleco, parecido a uno de esos detectives elegantes que aparecen, como no, en la caja tonta. Parece que el mundo se haya confabulado en tu contra con la intención de que todo esto se parezca a una telenovela.

El chico se adelanta hasta el centro de la sala, con paso firme, pero a la vez de forma respetuosa, refinada. Hace tiempo que no ves a alguien caminar de esa manera.

- Buenos, días, señor. Mi nombre es Mark Watterfly, soy su nuevo...
- Ya, ya –entrecortas agitando la mano- Me acaban de poner al corriente.

Entonces lanzas un largo suspiro, frotándote los ojos. Te hace falta una taza de café. Otra vez.

- Verás, hijo... –tratas de decir de la forma más suave posible- No sé que te habrán dicho los de ahí arriba, pero no necesito tus servicios. Ya sé que seguramente tendrías muchas ganas de correr una de esas grandes aventuras y tal, pero te lo aseguro, te llevarías una gran decepción. Además, no soy un buen jefe...

- ¿Eso quiere decir que no le gusta trabajar con gente?

Le lanzas una mirada en oblicuo:

- Precisamente.

- Bueno, siento tener que decírselo, pero me han adjudicado un trabajo aquí como su ayudante, y me temo que eso es lo que debo a hacer. Le guste o no, señor.

En su mirada hay algo de picardía, un aprecio a su persona bastante fuerte.

- ¿Pero cuántos años tienes, chico? –preguntas con verdadera curiosidad.

- Veintitrés este diciembre –responde-. Precisamente por eso estoy aquí, de entrenamiento. Quieren probar si puedo unirme al cuerpo como investigador, y desean que usted me supervise.

- Genial, un becario... –ríes sin llegar a reír.

- Puede ser, pero le aseguro que le llegaré a sorprender, señor. Siempre lo hago.

Tendrá morro, el jodido.

- De acuerdo, pues si tan seguro estás de ello, demuéstremelo. Para empezar, un buen detective siempre conoce hasta el último detalle del caso en el que está metido. ¿Qué sabes tú de este?

- Sé que ha sido archivado por el nombre de "Diapasón", de cuyo asesino no tenemos pista alguna, ni huellas dactilares, ni muestras capilares, o testigos... –enumera rodando los ojos, a la vez que intenta recordararlo

todo.

" Nombre, apariencia o procedencia desconocidos. Su pseudónimo se debe a que las víctimas, hasta el momento tres, fueron asesinadas con dicho objeto. Tal vez se trate de un músico vengativo o frustrado, pero aún no hay nada claro. La sangre analizada demuestra que fueron asesinadas a sangre fría, pero no hay testigos debido a que aparecieron en lugares remotos y solitarios, abandonados y sin conexión entre ellos. La postura natural de los cuerpos demuestra que fueron asesinados en dichos lugares. Además, el asesino tiene la peculiar manía de desgarrar diferentes partes de los cuerpos hasta llegar al hueso, contra el cual golpea el diapasón para, a su parecer, encontrar tres notas adecuadas para componer una psicópata sinfonía. Las víctimas fueron James Laurents, Sophie Liddell y Thomas Carroll, aleatorias, sin patrones entre ellas, lo que nos dificulta averiguar cómo o cuándo atacará de nuevo. Sin embargo, la conexión puede encontrarse entre las escenas del crimen, las tres resultan ser edificios abandonados, en zonas apartadas, que sólo alguien que conozca bien la zona conocería. Además, las víctimas no tenían ningún motivo para aparecer en el lugar en el que fueron asesinadas, por lo que se deduce que fueron convocadas por el mismo asesino, el cual debe de conocer algún secreto oscuro que usar e su contra, para chantajearles y convencerles de que acudan a su cita.

A medida que relata, vas levantando la vista cada vez más interesado. Ha hecho los deberes, y se nota. Por lo menos es un poco avisado, no está mal. Pero es cuando llega a la última parte cuando de verdad te asombras:

- ¿De qué informe has sacado esa deducción, chico?

- Del mío propio, señor. Normalmente intento buscar un sentido para todo lo que está ante mis ojos. Aunque por supuesto, si le incordia, me guardaré mis pensamientos para mí.

Tú no dices nada, simplemente parpadeas. Hasta el momento, es el mejor que has visto en toda tu carrera.

- Bueno, ¿me da el visto bueno, señor?

Tú te acercas hacia él de forma feroz, firme. Por un momento Mark se estremece, aunque intenta no perder la compostura. Finalmente, llegas a su altura, y lo miras directamente a los ojos. Y después, de forma rápida, le extiendes tu mano derecha, abierta.

- Llámame John.

Y él te sonrío, los ojos se le iluminan como estelas, y no tarda en apretarte efusivamente la mano. Deseaba trabajar contigo, al parecer. Lo

cual también te resulta extraño. Pero a pesar de tus costumbres, no estás tan desilusionado como deberías, pues parece sagaz y atento.

En parte lo lamentas, pues normalmente esos son los primeros en morir.

- ¿Qué estamos buscando exactamente?

- Pistas, muchacho – respondes mientras entras en el piso.

- Pero... ¿los forenses no han limpiado ya el lugar? Según sus informes, no han encontrado nada útil.

- Ese es nuestro trabajo, inspeccionar hasta el último milímetro. Por muy psicópata que sea el asesino, sigue siendo un ser humano, y como ser humano –explicas mientras te agachas para examinar una esquirla de cristal- comete errores.

Un nuevo caso ha aparecido en las afueras de la ciudad. Lindsay Hutton, 34. Secretaria en un buffet de abogados de la calle North Sire. Encontrada en el interior de un motel, a muchos kilómetros de distancia de su casa. Sigue sin tener ningún sentido.

Y el tiempo avanza.

- Espere, ¿qué es esto de aquí? –te pregunta Mark echando un vistazo al pie de la ventana.

Tú te das la vuelta, dirigiéndote hacia su posición. Te señala el borde de la alfombra, el cual levantas lentamente tras ponerte tus guantes de látex. Debajo encuentras un trozo de tela negra, con uno de los lados totalmente deshilado, como si lo hubiesen arrancado de alguna parte. Lo alzas ante tus ojos, examinándolo por ambos lados.

- Buen trabajo, chico

- ¿Nos sirve de algo?

- Bueno, para empezar nos puede dar una pista sobre la indumentaria del hombre. Este tipo de material se usa en ropa para hombres, abrigos concretamente. Debe de ser uno largo, una gabardina, así que al entrar por la ventana, este pedacito se desgarró.

- Sigo sin entender de qué nos servirá. Dudo que tenga ADN de ningún tipo...

- No, pero es un paso más. Ahora podemos preguntar si alguien ha visto a un hombre con un abrigo negro paseando por los alrededores. Tenemos algo con lo que identificarlo en otras ocasiones.

- ¿De veras cree, señor, que usará la misma prenda cada vez que vaya de excursión?

Tú levantas la vista, sonriendo ladeadamente.

- Eres un hombre. Dime, ¿cuántos abrigos tienes colgados en tu armario?

- Con todos mis respetos, señor, ¿está mal de la cabeza? –exclamas casi al borde del pánico.

Tiene que ser una broma.

- Lo siento, John –replica éste-, pero está decidido. El caso se lo quedará la Brigada Criminal, y no hay más que hablar.

- Sabe perfectamente, señor, que no me gusta dejar un trabajo a medias –explicas casi amenazándolo, mientras Mark os mira simultáneamente con cara de asombro-. Estoy a esto de conseguir algo gordo, se lo aseguro.

- La Brigada hará un buen trabajo, podrán centrarse en cuerpo y mente a resolver este maldito enigma. Pero nosotros estamos hasta arriba de trabajo, y tenemos que ir archivando casos lo más rápido que podamos. No puedo mantenerte centrado en un solo objetivo, John.

- ¿Acaso espera que me quede de brazos cruzados? ¡Tan sólo déjeme un par de días, cuarenta y ocho horas para demostrarle que yo debo estar al cargo del caso!

Tu jefe suspira, recapacitando la proposición. En el fondo es buen tipo, sólo que la vida policíaca (la vida policíaca de escritorio y montones de hojas de papeleo) le ha quemado varias veces y por todos los lados.

- Cuarenta y ocho horas a partir de ya, ni un minuto más –te señala, marcando sus palabras- Si no quedo satisfecho, quiero ver ese caso volando hacia la Brigada y sin rechistar, ¿entendido?

- No lo lamentaré, señor –te apresuras a disculparte, pero con el talante

serio.

- Eso es lo que dices siempre...

Y no te acaba de gustar el tono de su voz.

Cuando su silueta ha desaparecido entre las puertas de cristal, te das la vuelta, corriendo hacia tu despacho. Mark te sigue con el paso ligero, aún un poco confuso:

- ¿Qué es exactamente eso tan gordo que tenemos?

- Aún no lo sé, pero lo averiguaremos. Vamos, no tenemos tiempo que perder –le indicas colocándote tu abrigo.

- ¿Qué vamos a hacer?

- Trabajo de campo, chico.

- ¿Está seguro de esto?

- He quemado el teléfono a base de llamar a contactos –aunque también te has dejado unas cuantas pelotas. Esas ratas saben cómo vaciarte los bolsillos a la mínima oportunidad-. Estoy en un 80% seguro.

Y es que os habéis dirigido hacia un viejo almacén abandonado, colocado en plenos suburbios, de ventanas rotas y aspecto más bien cochambroso. Está en la zona que suelen frecuentar los rateros y yonkis, por allí has pillado a más de uno. Pero cuando juegas a ser el poli bueno, siempre te acaban debiendo algún favor. Y luego saben cantar cómo los ángeles.

Así pues, diez personas a las que has preguntado te han dicho que han oído unos ruidos extraños en ese almacén durante los últimos meses, semana sí, semana no. Algunos incluso afirman haber visto una sombra fantasmagórica colarse entre las tablas que bloquean la entrada. Más uno no se puede fiar al cien por cien de ellos, al fin de cuentas, no se sabe qué ración de maría llevarán encima. Y eso cuando tienen el día agradable...

Sin embargo, estás seguro de que es difícil que se equivoquen, y aunque no se trate del escondrijo del asesino, tal vez destapes algo tan gordo que te ayude con el otro caso. Además, te apetece un poco de subidón de adrenalina. Estás hasta el gorro de pasarte el día sentado en la mesa

entre montañas de documentos y chinchetas que se te clavan en las suelas de los zapatos.

Os dirigís a la entrada, y tú con movimientos un tanto oxidados, os coláis en el interior del almacén. La noche ha caído casi de forma perpetua, lo que os obliga a sacar vuestras linternas. Durante el invierno el mal puede trasnochar mucho más.

El primer piso está completamente vacío y mohoso, para variar.

Y extrañas terriblemente tus monedas perdidas

- Echemos un vistazo a la parte de arriba –te dice de repente el chico-. Los malos adoran las alturas.

Y mientras sube las escaleras, lo contemplas con una ceja arqueada, sosteniendo la linterna como un idiota. Será jodido...

- ¿Ve algo, señor?

Y tú quieres responder algo, pero sería quedar en peor posición

- Negativo –bueno, por lo menos la respuesta es ingeniosa.

- Tal vez estemos perdiendo el tiempo...

Y tu ánimo cae en picado. Das una vuelta sobre ti mismo sin dar respuesta alguna. Oh, vamos, ¡tiene que haber algo de utilidad! ¡Os queda un día para finiquitar el caso!

- Espera, ven aquí –indicas alumbrando con la linterna el suelo de la única habitación en la que no habéis entrado.

El chico acude obediente hasta tu posición, con paso ligero. Hay papeles raídos extendidos por toda la superficie.

- ¿Qué te parece esto, chico? – preguntas con la intención de que practique sus dotes deductivas.

Mark se agacha y recoge un folio, analizándolo detenidamente, con los ojos entrecerrados e intentando enfocar bien, para después recoger otro,

y otro, siempre realizando el mismo movimiento.

- Son biografías, señor –te responde levantándose del suelo-. La tinta casi se ha ido, pero los nombres aún están visibles.

- ¿Y cuáles son dichos nombres, muchacho? –preguntas anteponiendo tu cabeza, ahora sí que te entra la curiosidad.

- ¡Son nuestras víctimas, señor! Sophie, Thomas, Lindsey... ¡están todos aquí! Eso significa...

- Que nuestro asesino también –interrumpes echando una fugaz mirada hacia el techo.

Has oído un rumor en el piso de arriba. Ambos os dirigís una rápida mirada, en la cual compartís tres mil pensamientos al mismo tiempo, pero los cuales sólo acaban en una acción: Echáis a correr hacia el piso superior.

Os da igual el jaleo, las tablas crujiendo o las vigas del edificio temblando. Las cosas se están poniendo muy interesantes. Tú sacas tu pistola de su carcasa y la colocas junto a tu linterna, alumbrando a todos lados. Por suerte, tu sentido de la orientación es tu mayor don, así que pronto averiguas en qué habitación se han producido los ruidos. Con un gesto le dices a Mark que se mantenga detrás de ti, mientras das pasos sigilosamente. De una patada, abres la puerta de madera (aunque no tiene mucho mérito, ni siquiera estaba cerrada), y te da tiempo a ver una sombra deslizándose entre la escalera de incendios hacia el exterior. Lleva un sombrero y un pañuelo cubriéndole el rostro, más esa tétrica gabardina negra que le da una apariencia similar a la de la Parca:

- ¡Ahí está! –grita Mark a tus espaldas

- ¡Quieto!

Menuda tontería, como si se fuese a quedar quieto de verdad. Y es por eso que aprietas el gatillo un par de veces, acertando ambas en el marco de la ventana. Mientras tanto, la sombra se desvanece, descolgándose por la susodicha escalerilla. Te asomas a la ventana, disparando de nuevo, pero fallas todas las veces. Lo único que logras es que se caiga de mala manera en el último tramo, torciéndose un tobillo. Y mientras se aleja cojeando entre las calles del barrio, ambos dos os abalanzáis sobre las escaleras, intentando seguir sus pasos. Pero cuando llegáis al final del callejón, allí ya no hay nadie.

El teléfono de tu despacho suena repentinamente, despertando al pobre Mark de la cabezada que se estaba echando sobre tu mesa. La noche está siendo muy larga...

Con los ojos parpadeantes y la boca aún babeando, realiza varios intentos hasta que por fin consigue coger el maldito chisme...

- ¿Diga? –murmura sin vocalización alguna.

- ¿John?

- No, no –se apresura a corregir, desperezándose- Soy su ayudante, Mark Watterfly, ¿puedo...?

- Lo mismo da. Escúchame, dile a ese cabrón de mierda que hicimos un trato, y que como no me pague lo va a tener jodido, ¿estamos?

- Como quiera, buenas noches.

Y cuelga sin más. Otro de esos yonkis a los que preguntó el paradero del almacén. Al parecer se le debió de acabar el efectivo. Y Mark sonríe para sí porque tú todavía no le has contado ese pequeño detalle.

En ese preciso instante, justo cuando vuelve a entornar los ojos, apareces tú de golpe, dirigiéndote directamente hacia el perchero. Él se apresura a levantarse con aspavientos, sobresaltado.

- ¿Va a alguna parte? –te pregunta confuso.

- Voy a regresar al almacén –dices de forma fría-. Estoy seguro de que volverá para ocultar sus huellas. Tengo que acudir esta misma noche para pillarlo in fraganti.

- Muy bien, recogeré...

- No, no quiero que vengas. Podría ponerse peligroso. Quédate aquí y espera mis noticias. Si no he vuelto en dos horas, avisa a una unidad de apoyo.

- Pero señor...

Más cierras la puerta tras de ti, ante las narices de Mark. El muchacho se queda completamente inmóvil durante unos instantes. Piensa en seguirte, pero luego recapacita y decide hacerte caso. No sabe muy bien por qué,

pero siente la necesidad de hacerlo.

Pasea por la sala como un tigre enjaulado, mirando a todos lados, husmeando entre los papeles, admirando tu colección de recortes de periódico. Al final, dirige la vista hacia tu viejo piano, donde has colocado de forma consecuente las veinte partituras que el maldito asesino ha ido dejando a lo largo de estos meses. Aburrido, decide sentarse y comprobar cómo va la composición. Se acomoda, coloca las manos acariciando el desgastado marfil, echa un rápido vistazo a las rudas partituras y comienza a tocar de forma lenta. Al principio le cuesta adaptarse a la lectura, pero no tarda en cogerle el tranquillo. Cuando llega al duodécimo compás, un escalofrío le recorre las espaldas, y automáticamente deja de tocar.

Una luz se abre dentro de sus ojos, su rostro palidece como la nieve.

Ya ha escuchado esa canción antes. No sabe exactamente dónde o cuando, pero la conoce.

Sin detenerse, se abalanza sobre el perchero en busca de su abrigo, abre la puerta y sale corriendo fuera de la comisaría, en tu busca.

Corre por las calles de la ciudad, en plena noche, cuando toda la peste de la ciudad despierta para cometer sus delirantes placeres nocturnos. Pasea con el cuello del abrigo levantado, las manos en el bolsillo, aferrando con prudencia la pistola. Las calles son peligrosas a esas horas. Prostitutas, borrachos dando tumbos por las aceras, hombres de apariencia sospechosa o con un simple antojo de medias de rejilla, mendigos, drogadictos... Todo aquello que la sociedad esconde bajo la alfombra, para ser concisos.

Cuando pasa al lado de un grupo de maleantes vendiendo un juego de cartas claramente trucado, algo le hace estremecerse. Se detiene y se fija con detenimiento: uno de los hombres tiene el tobillo derecho envuelto en hielo. Casi en un acto reflejo, se arroja sobre él, aferrándolo del cuello.

Esa voz...

- Yo te conozco -gruñe Mark-, eres el tipo que llamó antes a comisaría.

- ¿Pero qué coñ..?

- ¡Y el que saltó por la ventana en el almacén! ¡El asesino del Diapasón!

- ¡Quieto ahí, chico! ¡Yo no...!

Pero Mark le practica rápidamente una llave en el brazo, ante los anonadados ojos del resto de sus colegas.

- ¿Estás seguro?

- ¡Joder, sí! –se queja- ¡Suéltame! Me pagaron, ¿vale? ¡Me dijeron que ocultase pistas a cambio de pasta!

Mark lo suelta repentinamente, dejando que se explique

- ¡Si lo llego a saber, no habría aceptado! – lamenta mirándose el tobillo- ¡Casi me matan!

Y Mark acalla, recapacitando. Si quiere averiguar quién es el asesino del Diapasón, tiene que investigar quién le ha pagado.

Y entonces, ocurre.

El interior del almacén está completamente a oscuras, sólo penetra la tenue luz anaranjada de las farolas que iluminan la calle. El interior es húmedo, lleno de moho y con un putrefacto olor a causa del abandono. Grietas se abren paso a través de la escayola, como ríos vistos desde la perspectiva de un mapa. Avanzas hasta el centro de la sala, oyendo únicamente tus pasos, y te detienes, examinando cada esquina y recoveco de la habitación. No parece que haya nadie.

Al rato, escuchas un estruendo procedente de la puerta de entrada. Alguien se está intentando colar entre las tablas que la cierran. Te quedas muy callado, mirando hacia la ventana por si acaso vislumbras algún coche, pero no hay nada. Sin embargo, el crujir de la madera se percibe en el descansillo.

Alguien está subiendo.

Suspiras profundamente, parpadeando varias veces, pero manteniendo

una postura firme y relajada, con los brazos detrás de la espalda.

De repente, la puerta de madera se abre violentamente, descolgando al joven Mark entre el resquicio. Lleva los pelos alborotados, la trinchera arrugada y desabrochada. Lanza rápidas miradas en todas direcciones, hasta que te encuentra asomado al borde de la ventana.

Te giras lentamente y suspiras aliviado cuando ves su rostro.

Las cosas podían haber ido peor.

- Señor... –suspira, intentando recobrar el aliento-. No sé cómo no se me ocurrió antes, tenía que haberlo averiguado... Por favor, era tan evidente, pero...

- ¿A qué te refieres, hijo? –preguntas preocupado al ver que casi se ahoga sobre el suelo.

- El tipo del tobillo, la canción de Blues que escuché en su despacho el primer día que nos conocimos, encubierta como una sinfonía... Señor - repite, adentrándose en la estancia-, es usted. Todo este tiempo... Ha sido usted

Y te ríes efusivamente hacia ese comentario.

- Supe que eras muy perspicaz desde el momento en el que te vi –admites sonriendo- Al principio pensé que tal vez eso me podía traer problemas, pero luego me dije a mí mismo "¡Qué demonios! ¡Será divertido!"

- Pero... ¿Por qué? Por el amor de Dios, ¿qué persona en su sano juicio haría algo así? ¿Un hombre tan respetable como usted? –dice casi gritando, sin concebir aún lo que está pasado.

Después de todo, te tenía como un modelo a seguir.

- No te lo tomes mal, Mark. Llevo más de veinte años en este empleo, te lo advierto, llegará un punto en el que todo se volverá monótono, archivarás montones de casos que no podrás resolver por falta de tiempo, los días pasarán ante tus ojos, un día despertarás y te darás cuenta de que eres veinte años más viejo y no has hecho una mierda con tu vida. Sólo quería divertirme un poco.

- ¿A costa de vidas inocentes?

- En eso te equivocas, no tan inocentes –aclaras-. Todas ellas eran culpables de sus respectivos casos y que, por falta de pruebas, iban por la vida sin una cadena al cuello. Todavía tengo mis principios, muchacho.

Sólo que ahora me tomo la justicia por mi cuenta.

- ¿Y todo lo del diapasón, todo ese...?

- Mera ornamentación, hay que ponerle algo que atraiga al público. Además, era lo más fácil del mundo, porque al fin y al cabo...

- ...nadie sospecharía del detective que lleva el caso –finaliza con los ojos mirando hacia el suelo.

Y tras permanecer en silencio unos instantes, levanta la vista de forma fugaz, clavándote su mirada en tus ojos, los suyos llenos de ira y confusión. Con los dientes apretados, suspira profundamente:

- ¿Y ahora qué? –pregunta.

Tú lo miras de soslayo, con una expresión de comprensión.

- No quiero que le pase nada, señor –confiesa- Pero por otro lado, no puedo dejarle escapar. Por favor, acabe con todo esto, entréguese por su cuenta, podemos hacer que la condena sea mínima de algún modo u otro.

- Sabes bien que no puedo hacer eso, hijo –aseguras manteniendo la mirada. Va a ser una pena- No hasta que todos los que lo merezcan paguen por sus crímenes.

- Ojo por ojo deja a todo el mundo ciego, señor, usted me enseñó eso.

- ¡Pues olvídale! –gritas repentinamente- No era más que un papel para ocultarlo todo, afróntalo. No soy más que un hijo de puta más.

- Para mí no, se lo ruego...

- Lo siento, Mark. No puedo.

El chico cierra las ojos, frustrado.

- En ese caso, no puedo dejarle ir –te dice mientras echa mano al bolsillo de su abrigo.

Y saca una mágnam que deslumbra bajo los tenues rayos de las farolas. En cuestión de segundos, la dirige hacia ti, apuntando de forma precisa. Una suerte que tú ya lo vieras venir y fueses más rápido. Del interior de tu americana sacas un diapasón de plata, que pronto se separa de tu mano e impacta contra el abdomen de Mark antes de que pueda apretar el gatillo. El chico se queda paralizado durante unos instantes, antes de caer sobre el suelo. Su cuerpo hace un par de aspavientos, mientras su boca

escupe esputos de sangre. Lanza pequeños murmullos de dolor, casi inaudibles por la falta de fuerzas.

Te acercas hacia él, mientras te completa paralizado, siguiéndote con los ojos, pidiéndote ayuda.

O echándote todas las maldiciones existentes.

- Lo siento mucho, chico -te disculpas mientras recoges la pistola-. Si te sirve de consuelo, has sido un gran ayudante. Hubieses sido un gran hombre...

Y ante su mirada atónita, le pegas un tiro en la cabeza, justo en el centro de la frente. Al instante, su cuerpo deja de titubear, sus ojos quedan en blanco, mirando hacia el infinito, y la sangre de su cabeza se cuela entre las vetas del parqué. Dejas la pistola al lado de su cuello, y le cierras los ojos con la mano. Te diriges hacia el mismo sitio por el cual has entrado, echándote un pañuelo sobre la cara, abrochándote bien la gabardina negra. Cuelas una pierna al otro lado, por la oxidada escalerilla de incendios. Antes de marcharte, le diriges una última vista al inmóvil cadáver.

Es una pena, la verdad, era un buen chico.

Pero esos son siempre los primeros en morir.